

Conéctate



CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

LOS MILAGROS

No son cosa del ayer

LA CURACIÓN

Una gotita de Cielo

EL MARAVILLOSO MUNDO DEL MAÑANA

La vida en la Tierra luego
del regreso de Jesús

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en:

www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
RAYOSdeSQL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES

Étienne Morel

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 1, NÚMERO 7 *Enero* 2001?

© 2003, Aurora Production AG. Es propiedad.

Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



Es innegable que todos —en mayor o menor medida— tenemos necesidad de curación. Esa necesidad universal probablemente sea la que llevó a Jesús a dedicar tanto tiempo a la sanación de los enfermos. Los Evangelios abundan en pasajes alusivos a los milagros que operó. Numerosos relatos dan cuenta de cuando limpió a leprosos, devolvió la vista a los ciegos, curó a paralíticos y resucitó muertos. «Le siguió mucha gente —reza la Escritura— y sanaba a todos» (Mateo 12:15).

Es imposible leer esos episodios de curaciones sobrenaturales sin tomar —consciente o inconscientemente— una decisión que te enmarque en una de tres categorías: la de los que no creen que los milagros se hayan producido jamás; la de los que creen que en esa época sí tuvieron lugar, pero que no podrían repetirse hoy en día; y la de los que comprenden que Jesús tiene hoy en día la misma capacidad y voluntad de sanarnos que manifestó cuando sanó a las muchedumbres en aquel primer siglo de nuestra era. «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13:8). Es mi esperanza que para cuando termines de leer este número de *Conéctate* estés firmemente encuadrado dentro del tercer grupo, si es que no lo estás ya.

Pero no te detengas ahí. Descubre que puedes trasladar Sus promesas de curación a tu realidad cotidiana y a la de otras personas que precisen tu ayuda y tus oraciones. No hay enfermedad o dolencia capaz de resistir el poder sanador de Dios. Al mismo tiempo, tampoco hay molestia o trastorno tan pequeño que no suscite Su interés. Él te ama de manera muy personal, muy íntima, y puede hacer que hasta tus dolencias te beneficien de alguna forma. Pero en parte, eso depende de ti. ¡Aprende a establecer contacto por medio de la fe!

Gabriel Sarmiento

En nombre de *Conéctate*

La fe

el título de propiedad

EN LA VERSIÓN REINA-VALERA de la Biblia, Hebreos 11:1 dice: «Es, pues, la fe la *certeza* de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve». Ahora bien, la palabra *certeza* que figura en este versículo de la versión en castellano es traducción del vocablo griego *hypóstasis*. Hace cientos de años, cuando se tradujo el Nuevo Testamento del griego a distintas lenguas, la palabra *hypóstasis* planteó un dilema. Parecía ser un término administrativo que no se utilizaba en la literatura clásica griega. Todo lo que lograron dilucidar por entonces los estudiosos es que se trataba de algo bastante concreto, por lo cual el término fue traducido por palabras como certeza, garantía y otras.

No obstante, hace pocos años los arqueólogos descubrieron las ruinas calcinadas de una vieja posada en el norte de Israel. Allí encontraron un pequeño cofre de hierro que contenía documentos valiosos, a nombre de una dama de la nobleza romana que había comprado tierras y propiedades en Israel. Resulta que casi todos los encabezamientos de los documentos decían a grandes letras: «Hypóstasis». ¡Eran todos títulos de propiedad de sus tierras!

Es probable que aquella dama romana nunca hubiera visto sus propiedades en Israel, pero sabía que eran suyas y lo podía probar, toda vez que tenía en su haber los títulos de propiedad.

¿Qué es, pues, la fe? ¡El título de propiedad! Conociendo el significado original de la palabra, ese versículo de la epístola de Pablo a los hebreos podría lícitamente traducirse: «La fe es el título de propiedad de lo que se espera».

Si has pedido algo al Señor y aún no has visto la respuesta, no te preocupes. Si tienes verdadera fe, ¡en tus manos está el título con tu nombre estampado en él! ¡Es tuyo, y a la larga llegarás a ver lo que has pedido en oración!

David Brandt Berg.

Oración para hoy

Amado Jesús:

Cuando tengo alguna enfermedad, permaneces siempre a mi lado, atiendes a todas mis necesidades y me dices al oído tiernas palabras de ánimo: «El milagro que tú llamas salud está al alcance de tus manos. Lo apreciarás más después de esta experiencia». Junto a Ti resistiré. Cuando el agotamiento se apodera de mí, me secas la frente y me infundes fuerzas y valor celestiales. Juntos saldremos adelante.

La fe es el
título de
propiedad
de lo que
se espera.

Los milagros

no son cosa
del ayer



JESÚS SE DIRIGÍA UN DÍA a la casa de un hombre cuya hija estaba gravemente enferma. Como era costumbre, la muchedumbre se agolpaba en torno a Él y lo oprimía. En medio de aquel aluvión de gente se encontraba una mujer que desde hacía 12 años padecía de una constante hemorragia. Había ido de médico en médico sin lograr que ninguno la curase. Se gastó hasta el último centavo en tratamientos que le habían significado mucha angustia y dolor. Pero el flujo de sangre no paraba.

Desesperada, pensó: «Ay, ¡si tan solo lograra tocarlo, sé que me curaría!»

Al ver a Jesús a lo lejos, avanzó ansiosamente hacia Él. No era fácil abrirse paso entre aquella turba de mirones que pugnaban por acercarse a Jesús. A ella, sin embargo, un solo pensamiento la apremiaba: ¡Tenía que tocar al Maestro, aunque no fuera más que el borde de Su manto!

Por fin se halló a un brazo de distancia de Él y, extendiendo la mano, alcanzó a rozar Su manto con la punta de los dedos. Apenas lo hubo tocado, cesó por completo la hemorragia que desde hacía tantos años la aquejaba. Una cálida sensación de salud y bienestar le recorrió el cuerpo. Supo entonces que, después de todos aquellos años de sufrimiento y dolor, ¡por fin se había sanado!

Jesús se detuvo un instante, habiendo percibido que una energía sanadora había emanado de Él. Volviéndose hacia la muchedumbre, preguntó:

—¿Quién me ha tocado?

Sus discípulos lo miraron asombrados, diciendo:

—Con semejante multitud que te rodea y te oprime, preguntas: «¿Quién me ha tocado?»

Pero Jesús, ya sabiendo quién lo había tocado, se dio la vuelta para mirar a la mujer, que no ocultaba su asombro.

Ella, temblando aún de estupor, se postró a los pies de Jesús y le confesó lo sucedido. Con cariño y ternura, en un tono paternal, Jesús le dijo:

—Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz y sé curada de tu enfermedad.

Con ello Jesús indicó claramente a la multitud que aquel milagro de sanación no se produjo porque la mujer hubiera tocado Sus vestiduras. ¡Se había curado por su fe en Él!

Aquella mujer ejerció la poca fe que tenía, y como consecuencia, esas palabras de aliento han resonado a lo largo de los siglos: «¡Tu fe te ha sanado!» (*Este relato está basado en Lucas 8:43-48.*)

Enlace a través de la fe

De este episodio se desprende una enseñanza muy aplicable a nuestra propia realidad. A pesar de que mucha gente se agolpaba en torno a Jesús, ¿por qué en ese momento sólo una persona pudo acceder a aquel toque divino de curación? Muchos habían salido a ver a Jesús por mera curiosidad. No les interesaba otra cosa que conocer físicamente a aquel personaje popular. La mujer, sin embargo, tan pronto oyó hablar de Jesús, creyó en Su corazón que Él sí la podía ayudar, aun cuando todo lo demás había sido inútil. Llena de fe avanzó hacia Él, sin darse por vencida hasta establecer ese enlace personal con el Señor.

¡He aquí un claro ejemplo de la dinámica de la oración! Lo esencial no es lo mucho que se ore ni el tiempo que se emplee en ello, sino ¡la fe con que se haga! Es como sintonizar una emisora en un aparato de radio. Cuando por fin se establece el contacto preciso, la señal se oye con fuerza y nitidez. La oración es

«¡Si tan solo lograra tocarlo, sé que me curaría!»

establecer un vínculo entre nuestras necesidades humanas y los recursos divinos. Cuando rezamos no hacemos más que presentar nuestra necesidad y creer que Dios nos responderá y la satisfará.

¡Cualquier maravilla puede ocurrir en ese margen de tiempo en que uno no se da por vencido, sino que sigue creyendo y orando! Aquella mujer frágil y enfermiza apenas si tenía fuerzas para acercarse a Jesús; mas cuando actuó impulsada por su fe, hizo contacto con el Señor y obtuvo respuesta a su oración.

Es extraordinario aprender a establecer contacto con el poder divino a través de la oración. ¡Buscar ese enlace con el Espíritu de Dios en obediencia a Su Palabra produce resultados concretos!

La curación divina está a tu alcance

Dios es capaz de sanar cualquier dolencia. Él nos plantea la siguiente pregunta: «¿Habrás algo que sea difícil para Mí?» (Jeremías 32:27.) Jesús dijo: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

El que nos *fabricó* ciertamente nos puede *reparar*. Al fin y al cabo, si Dios es Dios, es ante todo un Dios de milagros. Si pudo crear el universo y controla su funcionamiento, indudablemente puede arreglar nuestro cuerpo cuando es preciso. Él es el gran Sanador y Restituidor, el todopoderoso Rehabilitador. Es perfectamente capaz de sanarnos cuando estamos enfermos.

El extraordinario poder de Dios es hoy en día tan efectivo y tan accesible como en otras épocas. Él además garantiza el cumplimiento

de cada una de las promesas que nos ha hecho en Su Palabra. «No ha faltado a ninguna de todas las buenas promesas que nos ha hecho» (1 Reyes 8:56). Todos los recursos del Cielo están a nuestra disposición. Valgámonos, pues, de esas promesas. ¡Tomémosle la Palabra a Dios y confiemos en que responderá nuestras plegarias cuando tengamos alguna necesidad!

Obviamente, no todas las sanaciones se producen de manera instantánea. A veces el Señor no responde a nuestras oraciones de la forma en que lo teníamos previsto. De lo que no hay duda es de que Él siempre tiene un buen motivo para hacer lo que hace y siempre obra con amor. A veces quiere poner a prueba nuestra fe antes de curarnos. A veces quiere enseñarnos humildad o paciencia o alguna otra virtud. A veces quiere que corrijamos primero algo que hemos estado haciendo mal. Sea cual fuere el motivo, cuando Dios lo considere oportuno y la situación esté madura para producir el resultado más conveniente, Él responderá.

¿Necesitas curación? ¿Estás combatiendo alguna enfermedad grave o incluso algún mal menor? El Señor conoce cada parte de tu cuerpo y quiere sanarte. Tanto es así que la Biblia dice que tus cabellos están contados (Mateo 10:30). Él desea aliviarte el dolor y el sufrimiento: simplemente está a la espera de que se lo pidas.

Cuando el pobre leproso se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», la Escritura dice que Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero; sé limpio». Y al instante desapareció la lepra que aquejaba al hombre (Mateo 8:2,3).

Recuerda que Jesús te ama a ti también y quiere ayudarte y sanarte. •

**Cualquier
maravilla
puede
ocurrir
en ese
margen
de tiempo
en que
uno sigue
creyendo.**



Reflexiones

David Brandt Berg

DIOS SIGUE VIVO Y EN PERFECTO ESTADO, y actúa hoy en día con el mismo poder de siempre entre quienes confían en Él. «Yo el Señor no cambio»; «Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Malaquías 3:6; Hebreos 13:8).

JESÚS PROMETIÓ: «EL QUE EN MÍ CREE, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre. Y estas señales seguirán a los que creen: [...] sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán» (Juan 14:12; Marcos 16:17,18). Dios todavía se dedica a reparar los cuerpos que precisan arreglo, así como a transformar el corazón, la mente y el espíritu.

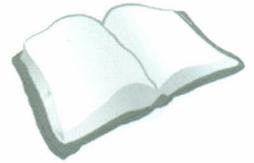
MUCHA GENTE ASUME UNA ACTITUD EQUIVOCADA. Dice: «Si Dios me sana, creeré. Que me lo demuestre. Ver para creer.» Esas personas subordinan su fe a la respuesta en lugar de fijarla en la Palabra de Dios. Así no funciona la fe. Tener fe es creer para ver.

LA CURACIÓN SE OBTIENE de la misma manera que la salvación: por gracia a través de la fe. Se consigue confiando en que Dios te la concederá, afirmando tu fe exclusivamente en Él y en nada más. Por gracia y por fe, sin ningún otro agregado. «Es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2:8,9).

EL DOLOR ES UN PELLIZCO DEL INFIERNO; la curación, una caricia del Cielo. La sanación es una pequeña muestra de la vida eterna, de la renovación del cuerpo y la curación de todo mal. Es un adelanto de la resurrección. •

Conéctate NÚMERO 7

Lecturas enriquecedoras



sobre el poder
curativo de Jesús

El hijo de un noble

Juan 4:46-54

**El paralítico al que descolgaron
por el techo**

Marcos 2:1-12

**El enfermo junto al estanque
de Betesda**

Juan 5:1-16

El hombre de la mano seca

Lucas 6:6-11

El siervo del centurión

Lucas 7:1-10

La hija de Jairo

Marcos 5:22-24, 35-43

**La mujer que tocó el manto de
Jesús**

Marcos 5:25-34

Los diez leprosos

Lucas 17:11-19

El ciego

Juan, capítulo 9

Lázaro

Juan 11:1-46

CUANDO REZAS EL PADRENUESTRO, ¿te has detenido alguna vez a pensar en la parte que dice: «Venga Tu reino; hágase Tu voluntad así en la Tierra como en el Cielo»? (Mateo 6:10, Biblia de Jerusalén). Nosotros que amamos y conocemos al Señor ya tenemos el Cielo en nuestro corazón, gracias a Dios; pero ¿hay mucho Cielo en la Tierra hoy en día? No. Lo que abunda es confusión, egoísmo, infelicidad, guerra y luchas por doquier. En dos palabras, ¡un infierno!

Dentro de poco el Señor rectificará todo esto y establecerá Su propio reinado de paz, bondad, justicia, misericordia y amor. Entonces Su reino no sólo estará en nuestro corazón, sino que ocupará toda la extensión de la Tierra. El reino de Dios se instalará de verdad en este mundo, con todo su poder y gloria.

el maravilloso mundo del mañana

Pero antes que pueda darse esta transformación, tienen que ocurrir varias cosas: En primer lugar, deberá subir al poder un dirigente mundial de carácter malévolo que la Biblia llama el Anticristo. Regirá el mundo por un lapso de siete años. La segunda mitad de este período será una época turbulenta denominada la Gran Tribulación (Mateo 24:21; Apocalipsis 7:14), durante la cual el Anticristo y sus fuerzas perseguirán a los hijos de Dios pero no podrán vencerlos del todo. (Apocalipsis 13:7; 11:3-5). Luego Jesús reunirá sobrenaturalmente a todos Sus seguidores salvos —tanto a los que estén vivos como a los que ya hayan muerto— y les dará cuerpos gloriosos dotados de poderes sobrehumanos (Mateo 24:31; 1 Corintios 15:51,52; 1 Tesalo-

nicenses 4:16,17). De ahí se los llevará volando al Cielo para celebrar la magnífica cena de las bodas del Cordero (Apocalipsis 19:7-9). Mientras tanto, en la Tierra, el Anticristo y sus impíos seguidores sufrirán la pavorosa ira de Dios (Apocalipsis, capítulo 16). Pertinaz hasta la muerte, este endiablado personaje reunirá su gente para intentar aplastar a sus opositores, a los pueblos que se hayan negado a adorarlo o a aceptar la Marca de la Bestia (Apocalipsis 13:16-18). En ese momento Jesús y Sus seguidores retornarán para derrotar a las fuerzas del Anticristo en la Batalla de Armagedón (Apocalipsis 16:14,16; 17:14; 19:11-15).

Por fin entonces acabará Jesús con el cruel y destructivo dominio de los hombres y establecerá el reino

de Dios en la Tierra por espacio de mil años. Regirá el planeta en persona, secundado por todos Sus seguidores (Jeremías 23:5,6; Apocalipsis 19:5; 20:6).

Los pueblos que sobrevivan serán privilegiados, toda vez que vivirán bajo el régimen más justo y perfecto que se haya establecido jamás en el mundo (Isaías 11:1-5).

Cesarán todas las guerras. Los hombres «volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra» (Isaías 2:4). Gozarán de paz y abundancia, tal como Dios lo dispuso en un principio, y nada hará mal ni causará daño en todo el reino de Dios (Isaías 11:9).

No habrá animales carnívoros,

ni serpientes e insectos ponzoñosos, ni ningún bicho perjudicial. Ni el hombre ni las fieras tendrán necesidad de consumir carne. Reinará, por tanto, la paz entre todas las especies. La Escritura llega a decir que un niño guiará de una parte a otra a los animales antes considerados salvajes. Los chiquillos jugarán con leones, tigres, leopardos y elefantes, y los tratarán como mascotas.

«Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora» (Isaías 11:6-8).

En cambio, el mundo en buena parte retomará los medios pacíficos de transporte creados y dispuestos por Dios, como son el caballo, el camello, la carreta, el buque de vela y otros.

No habrá más fábricas que arrojen humo y gases, y se desecharán las máquinas destructivas. El mundo retornará a la bella época en que la gente se tomaba tiempo para disfrutar de la hermosa creación de Dios y de las maravillosas criaturas que nos dio para las faenas del campo y para el transporte. No será una sociedad primitiva, pero sí una en que prevalezca la paz.

Además, las enfermedades y dolencias prácticamente desaparecerán. La Biblia dice que si alguien muere a los 100 años de edad será considerado un niño (Isaías 65:20). Es posible que la gente vuelva a vivir

Dejarán también de existir las espinas, los cardos, las malas hierbas y las plantas venenosas que surgieron a consecuencia de la maldición que el hombre se echó encima al apartarse de Dios (Isaías 55:13; Génesis 3:17,18).

La Tierra será un paraíso de características celestiales, una reedición del Edén. Allí gozaremos plenamente de los placeres originales de la creación. ¡Será un lugar de ensueño!

Pasarán a la historia los medios de transporte modernos que producen contaminación, dañan el ambiente y causan la muerte de miles de seres humanos. Nos liberaremos del afán consumista y de la febril competitividad que nos empuja a un ritmo endiablado y no nos permite disfrutar ya de la vida.

cerca de mil años, como acontecía en la era antediluviana.

Recuerda, eso sí, que durante esos mil años todos los hijos de Dios que estén salvos tendrán ya nuevos supercuerpos inmunes a la muerte. Asimismo ayudarán a Jesús a transmitir Sus enseñanzas a los millones —quizá miles de millones— de seres humanos normales, mortales, que habitarán el planeta durante dicho milenio. «La Tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar» (Isaías 11:9).

Si ya has aceptado a Jesús como Salvador, puedes aguardar con ilusión el futuro más feliz y halagüeño que te puedas imaginar. ¡Reinarás con Cristo durante ese esplendoroso período y serás uno de sus superhombres o supermujeres! •



La curación

Una gotita de Cielo

Si tienes fe en las promesas que Dios nos ha hecho en Su Palabra, puedes rezar y contar con que Él te curará y sanará también las enfermedades de aquellos por quienes oras. Si millones de personas se han curado, ¡tú no eres una excepción!

¿Ayudará Dios?

Pedro T.
(Argentina)

Oraron para que Jesús me sanara... ¡y Él respondió!

Pedro tiene 31 años, está casado y tiene una hija. Aunque goza de buena posición social —es director de seguridad de una importante empresa— y tiene un hogar feliz, sufría el suplicio de una enfermedad incurable. Pero eso cambió un día que dos amigos le llevaron palabras de fe. Él mismo nos cuenta lo sucedido:

Tras dos años de mareos repentinos, cansancio constante y un apetito insaciable, me dieron el diagnóstico definitivo: padecía de hipoglucemia, una enfermedad del páncreas que se considera incurable. Los aquejados deben someterse a una dieta muy estricta.

Los períodos críticos originados por mi estado de salud eran largos y me desgastaban mucho. Toda actividad me resultaba difícil, pero echarme a descansar tampoco me servía de mucho: cuando lo hacía me daba una sensación de ahogo. Tenía que tomar montones de remedios, que de todos modos no evitaban los ataques recurrentes que sufría.

Así discurrió mi vida durante cinco años. Un día recibí la visita de Emilio y Silvana.

Había conocido a estos misioneros un año antes, cuando me hablaron de Jesús de una forma muy alegre. Andaban muy atareados demostrando a los demás que los cristianos debieran ser personas joviales y activas, y no gente triste y deprimida, que se pasa la vida rezando por ella misma y haciendo poco o nada por sus semejantes.

Ese día me desahugué con Emilio y Silvana y les conté de mi enfermedad. Ellos pidieron a Jesús que me curara, ¡y Él respondió!

Han transcurrido ya diez meses desde que el Señor me curó. Desde entonces, no he vuelto a tener un solo síntoma de hipoglucemia.

Estoy muy agradecido por lo que Dios ha hecho por mí: sanarme después de tantos años de indisposición. El amor que me ha demostrado con ello me motiva a seguirlo más de cerca y vivir más unido a Él cada día que pasa.

Dios puede curar cualquier mal... ¡incluso el cáncer!

Sharon M.
(Singapur)

Ante el asombro de su familia y de los médicos... ¡los análisis indicaron que no tenía ni rastro del cáncer!

El señor Ning estaba muriéndose de cáncer. Postrado en su cama del hospital, escuchaba atentamente mientras le hablábamos del amor de Jesús y le leíamos relatos de fe de otras personas. Luego rezamos, y él le pidió a Jesús que entrara en su corazón, con voz entrecortada por el llanto. Animado por nuestros testimonios de fe, nos pidió que oráramos por su curación.

—Señor Ning, nos alegra mucho que quiera que recemos por usted —le dije—, ¡porque estamos seguros de que el Señor desea curarlo!

—Jesús —rogamos—, sabemos que Tú sanaste a mucha gente cuando estabas en la Tierra, y que tienes exactamente el mismo poder hoy que entonces. Tu Palabra dice: «Yo haré venir sanidad para ti y sanaré tus heridas» (Jeremías 30:17). Creemos Tu Palabra, y te pedimos que pongas Tu mano sanadora sobre el señor Ning. Te rogamos que lo cures. Sabemos que puedes hacerlo, creemos que quieres hacerlo. Así que te damos gracias por contestar nuestras oraciones. Amén.

Ante el asombro de su familia y de los médicos, ¡al día siguiente el señor Ning se había levantado y estaba totalmente recuperado! Una nueva ronda de exámenes y análisis indicaron que no tenía ni rastro del cáncer. ¡Ahora está otra vez en su casa, contento y saludable, y es un testimonio viviente de la eficacia de la oración y de la mano curadora de Dios!

Él no te decepcionará

Norma C.
(Brasil)

¡El Señor me libró cuando yo tenía todas las circunstancias en contra!

Hace casi un año me sometí a unos exámenes médicos, y me diagnosticaron cáncer de pecho. Luego de descubrir un tumor en uno de mis senos, los médicos dijeron que tenían que operar para extraérmelo. Ni siquiera podían garantizarme que la operación fuera a tener éxito. Mi madre había muerto de cáncer de pecho, y todas mis radiografías y análisis revelaban sin duda alguna que el tumor era maligno.

Cuando me enteré de esto, me sentí preocupada, aunque no abrumada, pues como he recibido a Jesús y estudio la Palabra de Dios, sé a qué atenerme cuando me toque dejar esta vida. Por otra parte, tengo hijos pequeños que todavía me necesitan.

Conversé con unos entrañables amigos que me han enseñado a tener fe en el Señor y me han instruido en la Palabra de Dios. Juntos rezamos por mi curación. Hicimos una ferviente oración que nos conmovió mucho a todos. De hecho, nunca había sentido la necesidad de rezar con tanto ahínco, y ahora que lo cuento creo que fue un poco egoísta de mi parte. Mi estado de salud me impulsó a adoptar una actitud más seria con el Señor, cuando en realidad había tenido oportunidades de elevar plegarias igual de fervientes por otras personas. En todo caso, rezamos juntos con mucho afán, y en ese momento nos emocionamos profundamente.

Después de la oración, mi fe se fortaleció estudiando la Palabra de Dios, sobre todo escuchando cintas de hermosos versículos de la Biblia sobre la curación, la fe y la confianza en el Señor. Cuando ingresé en el hospital llevé conmigo libros de inspiración cristiana para estudiarlos durante ese período de prueba. Necesitaba la Palabra de Dios para mantenerme fuerte.

Cuando me extirparon el tumor, los médicos se llevaron una gran sorpresa, ¡pues resultó que no era maligno! A pesar de todo lo que parecían indicar los análisis anteriores, era benigno.

Estamos convencidos de que fue una respuesta maravillosa de Dios a nuestras sentidas oraciones. ¡El Señor me libró cuando yo tenía todas las circunstancias en contra! ¡Qué experiencia más hermosa! •



Pies de fe

David Brandt Berg

(Carta dirigida a un matrimonio
cuyo nene nació con los pies
deformes.)

QUERIDOS AMIGOS:

Los apoyamos con nuestras oraciones por los pies de su recién nacido. El Señor ha prometido con respecto a los pies: «¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: "¡Tu Dios reina!"» (Isaías 52:7).

Recuerden que nada ocurre accidentalmente. Dios tiene un propósito en todo lo que hace, aunque solo sea obligarnos a ejercitar nuestra fe y demostrarla para aliento de quienes nos rodean. Es posible que el Señor les tenga reservado ese ministerio. A Él le hacen falta más cristianos que posean el don de curación, no sólo para nuestro propio beneficio, sino también para estimular la fe de los no creyentes y llevarlos a confiar en el Señor.

«No seas, pues, incrédulo, sino creyente» (Juan 20:27). Hace unos momentos, al orar acerca de ustedes y de su hijo, el Señor me recordó el siguiente verso de la Biblia, tomado del evangelio de Juan, en que se relata la curación de un ciego: «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él» (Juan 9:3). ¿Hay algo difícil para el Señor? En absoluto; esto es una pequeñez para el Creador del universo (Jeremías 32:27). Si Él formó al bebido, ciertamente puede enderezarle los pies. ¡El que lo creó indudablemente que puede sanarlo!

Les recomiendo que oren fervientemente por la sanación de

su hijito, quizá con otras personas. Y confíen plenamente en un milagro. Hagan ustedes lo que puedan, que en este caso es orar; el resto depende de Dios.

«Nada hay imposible para Dios», y «al que cree todo le es posible» (Lucas 1:37; Marcos 9:23). Confíen en el Señor. Él nunca falla. «No ha faltado a ninguna de las promesas que hizo» (1 Reyes 8:56, Biblia Latinoamericana).

Mi familia y yo hemos padecido muchas enfermedades y heridas graves, pero Dios siempre

que he conocido, un célebre misionero entre la comunidad judía de los Estados Unidos. Fundó la primera sinagoga hebreo-cristiana y fue productor de un programa de evangelización que se emitió por cientos de emisoras a escala internacional, un hombre que conquistó a miles de personas para el Señor y por lo cual —no me cabe duda— obtuvo una gloriosa recompensa en el Cielo.

Sin embargo, ese gran hombre tenía un pie totalmente

Si Él formó al bebido, ciertamente puede enderezarle los pies.

nos ha sanado. «Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le librará el Señor» (Salmo 34:19). Cuando yo tenía tres años de edad, un auto me aplastó el pie causándome graves daños. Según el diagnóstico médico, la llanta me había triturado muchos de los huesos del pie, y no podría volver a caminar. Pero mis padres, que tenían una profunda fe en Dios, rezaron, y desde entonces he caminado sin ningún inconveniente. El Señor me curó del todo. Me dejó el pie intacto, como si los huesos nunca se hubieran quebrado.

Una vez trabajé para uno de los cristianos más extraordinarios que he conocido, el Dr. Michelson. Era el hombre más humilde, trabajador, compasivo y cariñoso

deforme, de tal manera que tenía que andar en muletas víctima de un continuo dolor. A lo mejor por eso se compadecía tanto de los demás. Consolamos a otros con el consuelo que nosotros mismos hallamos en Dios (2 Corintios 1:4). ¿Cómo podemos ser más que vencedores? ¡Siendo buenos perdedores y alabando a Dios aun en nuestra aflicción! El Dr. Michelson tenía una fe milagrosa para ganar almas y conseguir apoyo económico para misioneros de diversas partes del mundo. Rezó por muchas personas que luego sanaron, pero por lo visto nunca tuvo fe para su propia curación.

¿Quién puede, entonces, entender la voluntad de Dios? No nos queda más que creer Sus promesas, orar y esperar con con-

fianza alguna respuesta del Cielo. A veces estas penas nos sobrevienen para acercarnos mucho más al Señor, para mantenernos humildes y enseñarnos a depender más de Él, y para ayudarnos a crecer espiritualmente. Sea como sea, Dios tiene una intención benévola en todo ello, porque nos ama. Por eso dice que, cuando hayamos aprendido lo que Él quiere enseñarnos o cuando las condiciones sean propicias para llegar al resultado que Él persigue, Él prefiere que nos curemos (Hebreos 12:13). Dios prefiere curar. Quiere curarnos, pero también desea convertirnos en mejo-

Escudriñen las Escrituras y vean el significado de estos versículos: «Los cojos arrebatarán el botín» (Isaías 33:23); «Entonces el cojo saltará como un ciervo» (Isaías 35:6); «A vosotros los que teméis Mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en Sus alas traerá curación» (Malaquías 4:2). Jesús incluso llegó a decir que como prueba de Su mesiazgo había hecho andar a los cojos (Mateo 11:5). Dios también prometió: «Yo soy el Señor tu sanador» (Éxodo 15:26), «quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias» (Salmo 103:3). No hay excepciones: ¡Dios puede sanar

dar cama para que pudiera vivir quizá un año. No obstante, prometí servir al Señor si Él me sanaba. Y desde entonces trabajo para Él. Ahora, al cabo de 30 años [1971], gozo de mejor salud que nunca. Jesús nunca incumple lo que promete. Dios no solamente es capaz de hacerlo, sino que lo desea. Está más dispuesto a dar que nosotros a recibir.

«No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa» (Hebreos 10:35,36). ¡Tengan fe en Dios! Él nunca falla, aun cuando somos infieles. Crean Su Palabra. Él dice: «Mandadme» (Isaías 45:11). ¡Exijan una respuesta! ¡Aguárdenla con expectación! Dios ha prometido responder.

Además, recuerden que todas las cosas redundan en bien para los que aman al Señor (Romanos 8:28) y que este lance desdichado también es para la gloria de Dios. Ámenlo, confíen en Él y alábenlo más que nunca. Sé que no los decepcionará. Él no puede desdecirse. Tiene que cumplir Su Palabra. Recuérdensela, aférrense a Sus promesas, apréndanselas de memoria y repítanlas continuamente. No duden ni por un instante que Dios va a responder, ¡y lo hará! Está obligado a hacerlo. Quiere hacerlo. Confíen en Él. Y agrádezcanle la respuesta, aunque no la vean enseguida. La fe que manifiesten es mucho más preciosa que el oro (1 Pedro 1:7). ¡Dios los bendiga! Rezaré por ustedes. •

¡Exijan una respuesta! ¡Aguárdenla con expectación! Dios ha prometido responder.

res personas a través de nuestros dolores y pesadumbres. En esencia, Él quiere que le dejemos obrar Su propósito en nosotros.

Algunas personas tuvieron que esperar pacientemente años hasta que llegaron Jesús y Sus discípulos trayéndoles sanación. Pero llegado el momento oportuno, el Señor hizo el milagro. Ello se hace patente en la curación del hombre que era cojo de nacimiento, que derivó en la conversión de 5.000 almas en un solo día y puso a la Iglesia primitiva camino a la gloria (Hechos 3:1-12; 4:4). Así que ¡cuenten con un milagro para la gloria de Dios!

cualquier trastorno o dolencia!

¡Los milagros no son cosa del ayer! Nuestro Dios todavía es un Dios de milagros. En nuestro diario apostolado generalmente hacemos más hincapié en los milagros de salvación y en la transformación espiritual de la gente; pero Dios todavía se dedica a reparar los cuerpos que precisan arreglo, así como a transformar el corazón, la mente y el espíritu.

Yo mismo soy testimonio vivo de Su poder curador, puesto que fui desahuciado hace mucho tiempo. A los 22 años de edad sufría tanto del corazón que los médicos me prescribieron guar-

¿Cómo puedo obtener fe para curarme?

La fe para curarse se obtiene del mismo modo que la fe para otras cosas: leyendo y absorbiendo la Palabra de Dios. «La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios» (Romanos 10:17). Si lees la Palabra con un corazón abierto y receptivo —y como dijo Jesús, haces que te penetre bien en los oídos (Lucas 9:44)—, tu fe aumentará automáticamente. Es una ley de Dios, tan inobjetable como la de la gravedad.

Por eso, si te sientes débil espiritualmente y no tienes mucha fe en que Dios pueda curarte, es probable que se deba a un desconocimiento de Su Palabra. Estás flojo en fe porque estás flojo en la Palabra.

El Señor nos ha hecho preciosas y grandísimas promesas en la Biblia (2 Pedro 1:4), algunas de las cuales tratan específicamente sobre la curación. Léelas, estúdialas, grábatelas y absórbelas hasta lo más hondo de tu alma. Luego, cuando vayas a pedir por alguien o por ti mismo, recuérdale esas promesas al Señor. Él puede sanarte, pero tú tienes que hacer la parte que te corresponde. Es preciso que le tomes la palabra. ¡Cree Sus promesas, exíguele que las cumpla y dalo por hecho!

La fe que te hace falta para alcanzar milagros de curación y obtener respuestas a todas tus demás oraciones proviene de la Palabra. Léela con una actitud de oración. Pide a Dios que fortalezca tu fe, y Él lo hará.

Reproducimos a continuación algunas de las numerosas promesas de Dios que están escritas para cada uno de nosotros:

Hebreos 13:8. Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.

Éxodo 15:26. Yo soy el Señor tu sanador.

Deuteronomio 7:15. Quitará el Señor de ti toda enfermedad.

Salmo 34:19. Muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas le libraré el Señor.

Jeremías 30:17. Yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas.

Jeremías 32:27. He aquí que Yo soy el Señor, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para Mí?

Malaquías 4:2. A vosotros los que teméis Mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en Sus alas traerá curación.

Santiago 5:15. La oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará.

LA BIBLIA DICE: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza. El alma generosa será prosperada; y el que saciare, él también será saciado» (Proverbios 11:24,25). Es natural preocuparse antes que nada de uno mismo; pero Dios quiere que pensemos primero en los demás. Desea que compartamos con ellos nuestras posesiones. Cuanto más lo hacemos, más nos da Él a cambio. ¡Haz la prueba! Verás que dar no es ningún sacrificio, sino más bien una inversión que proporciona altísimos rendimientos.

Si quieres averiguar lo que opina Dios de la generosidad y lo rentable que es Su plan económico, no te pierdas el próximo número de *Conéctate*.

Extiende la mano y recibe la curación

Tengo los brazos extendidos, y en Mis manos hay preciosos dones para ti, dones de amor, de perdón, de misericordia y de sanación. Todo ello está en Mis manos. Te lo ofrezco libremente: basta con que lo tomes por fe.

Esos dones no se ganan por méritos propios. Por grande que sea tu bondad, es insuficiente para alcanzarlos. Sin embargo, te los concedo generosamente.

No consideres que tus dolencias son un castigo por tus pecados. Yo obro poderosamente en ti por medio de ellas. Redundan en tu bien y tienen por objeto cumplir Mi voluntad y Mis propósitos. No son sino peldaños que te conducen a un nivel más alto, de mayor fe y de una confianza en Mí más plena.

Ora y encomiéndame esta leve tribulación que sufres. Ello no sólo incrementará tu fe, sino también la de los demás, que verán tu ejemplo de confianza en Mí a pesar de la enfermedad y se darán cuenta de que dependes por entero de Mí.

Pídeme curación, pues soy el gran Médico y anhelo sanarte.